

confesar que de allí habían marchado los mejores elementos tanto en hombres como en dinero para la revolución, toda vez que según los datos de la Aduana habían producido las descargas de buques más de medio millón de pesos.

Sin embargo, se habían descompuesto un poco las cosas con la invasión de Pesqueira al Estado, y de algunos días atrás se estaba esperando que aquel recibiera refuerzos procedentes de Guaymas y la Baja California. El cerco que le tenían puesto en Culiacan no avanzaba, tanto porque los sitiadores no tenían suficientes cañones, como porque carecían de tropas de empuje para dar un asalto. Casi estaban en igual número sitiadores y sitiados y ambos escasos de municiones, por cuyo motivo aquel sitio indicaba que iba á prolongarse indefinidamente. Por lo demás el Estado de Sinaloa, todo entero, estaba por la revolución y obedecía á las autoridades porfiristas. En Sonora solo había habido algunos pronunciamientos parciales que desde que se supo el último acontecimiento de la Bufa lejos de progresar iban extinguiéndose.

Lo que hicimos nosotros, los que llevábamos el encargo de menear la política, fué ponernos en comunicación con el general Marquez de Leon y demás amigos de ambos Estados, procurando fortalecer su espíritu con algunas dosis de esperanzas. El general Diaz no tardaría en volver al país, les decíamos, y con su llegada que era esperada ansiosamente, estábamos seguros de obtener un levantamiento general

*

CAPITULO XXVIII.

A LA VELA.

Entonces fué cuando cayó en mi poder una extensa correspondencia de D. Francisco Sepúlveda que había estado de administrador en la Aduana Marítima de Mazatlan, en la cual se trataba de Porfirio Diaz, de Donato Guerra, de Manuel Gonzalez y de otros muchos revolucionarios, pero particularmente del que esto escribe, poniéndonos de oro y azul y tratando del modo más expedito para hacernos desaparecer del catálogo de los vivientes. Ahora ya no es oportuno decir ni por quien estaban escritas esas cartas.

Era gobernador del Estado como he dicho antes, nombrado por Donato Guerra el coronel Andres L. Tapia que había prestado su apoyo al pronunciamiento del puerto en favor de la causa porfirista. Es fuerza

en toda la zona en que estaban ahora estendidos los elementos que se habian dispersado en la Bufa.

Ademas de eso ocupé todos mis ocios en escribir proclamas para los jefes de armas y artículos palpitantes de porfirismo.

Hicimos que el mismo gobernador se pusiera en campaña dejando el gobierno á un sustituto de su confianza:

Viviamos juntos en una casa inmediata al muelle perteneciente á la familia Campillo: Benitez, el administrador de la Aduana Peimbert, el jefe de hacienda Michel, D. Trinidad García, que salió á poco á cumplir una comision, y el que escribe esta crónica. Eramos asistidos en comun y pasábamos horas verdaderamente agradables, haciendo castillos en el aire. En lo general Benitez aparecia de primer ministro en la nueva administracion que íbamos á establecer, Peimbert de gobernador de Durango, Michel de Tesorero general de la Nacion y yo de redactor en jefe del periódico mas oficioso. Ni siquiera me ponía á considerar en medio del júbilo que estas conversaciones me causaban que mi ocupacion iba á ser entre todas lamas humilde y la menos lucrativa.

Un dia tocó en el puerto el vapor de San Francisco y Benitez viendo que no habia llegado en él el general Diaz, y desesperado ya de una inmovilidad de quince dias que llevábamos con una vida monótoma, se despidió de nosotros, tomó su Ollendorff debajo del brazo y ocupó una cámara de primera clase en el paquete americano.

En esa noche misma, estábamos durmiendo muy tranquilos, cuando resonaron fuertes golpes en una ventana que caia á la calle de las piezas que ocupábamos.

—Quién es? preguntó Michel incorporándose.

Contestaron varias voces:

—Levántense luego: ¡Allí está el enemigo!

—¡Cómo el enemigo! contestó Peimbert que en medio de la calma que le dominaba siempre, no dejó de alarmarse.

—Si, las avanzadas de Rocha, dijo la voz conocida de Carlos Betancourt, están ya llegando.

Nos vestimos apresuradamente y pudimos ver con nuestros propios ojos al gobernador sustituto, Lic. Galan y á muchos empleados civiles y militares que lo acompañaban llevando linternas. La noche era oscura y el aspecto de toda aquella gente armada de sacos de viaje le daba un aspecto siniestro.

—¡Que hay? preguntó Peimbert luego que salimos los tres á la puerta de la calle.

—Que el enemigo está á cinco millas del puerto, segun comunica un extraordinario enviado de Villa Union.

—Pero por donde ha venido?

—Por el Espinazo del Diablo, por el camino que Vds recorrieron.

—Imposible! por ese camino no pueden venir tropas.

—El caso es que allí está Rocha mandándolas y segun las noticias no bajan de tres mil hombres.

—Cuanta gente tenemos nosotros?

—Quince hombres de policia: la última compañía de fuerza regular que tenemos la hemos hecho salir ayer para Culiacan.

—Entonces no se puede pensar en defender el puerto?

—De ninguna manera. Lo que hemos hecho es fletar un pequeño buque de vela y en él nos iremos todos los que quepamos.

—Y tenemos que hacernos á la mar inmediatamente, agregó uno de los mas tímidos, porque hay varios buques en la bahia, y si quiere puede perseguirnos y alcanzarnos mañana mismo el enemigo.

—Al muelle! dijo el gobernador.

—Al muelle! respondieron los otros.

Solo se quedaron Betancourt y otros dos amigos ayudándonos á reunir nuestra ropa y lo que pudiéramos llevar más fácilmente. Allí dejamos abandonado un cajon con cosa de doscientos pesos de *cacharpas*, que es el nombre que tiene en Sinaloa una moneda de cobre de que hay gran abundancia, nuestras sillas de montar, la mia era de algun valor, y nuestros caballos. Yo habia vendido los dos mejores el dia anterior que me habian dado un producto de 500 pesos en oro. Era todo el dinero de que habia podido proveerme para hacer un viaje al extranjero, ó para cualquiera otra emergencia.

En esa vez perdí tambien todos mis papeles, quedándose entre ellos una coleccion del *Diablillo Colorado* con que fuí obsequiado en Mazatlan y la corres-

pondencia mas interesante de la revolucion, lo mismo que mucha del enemigo.

En suma, no se nos permitió llevar á bordo del buque, que era muy pequeño, sino una maleta ligera de ropa y nuestras personas. Todo lo demas tuvimos que perderlo y aun nosotros mismos logramos embarcarnos con dificultad, pues el buquecillo habia levado anclas y tuvimos que alcanzarlo en botes. Los directores de la huida llevaban mucha ansia en escapar, segun unos por el dinero que llevaban, segun otros por salvar algunos papeles, y segun los mas porque estaban muy poseidos de miedo.

El hecho fué que no quisieron esperarnos y que trabajo nos costó darles alcance á fuerza de remos en los botes de la Aduana, cuyos empleados de pura *chiripa* quisieron dar obediencia á un administador que se declaraba en completa fuga.

El buque que nos sirvió para nuestra escapatoria era en efecto muy pequeño y llevaba á bordo mas de treinta personas de las mas comprometidas, acurrucadas unas contra otras sobre cubierta. Era casi una lancha, de una pura vela. Por fortuna nos sopló un buen viento y pudimos observar cuando se hizo de dia que estábamos muy léjos de las costas de Mazatlan.

Esta era la segunda vez que salia del mismo puerto á escape y las dos con grave peligro de caer en poder de un enemigo que no sabia perdonar. Tambien en esta vez fuimos perseguidos por un buque mercante armado en guerra que salió de la bahía 24

horas despues que nosotros. Por nuéstra parte nos ayudamos con los remos y pudimos tocar en S. Blas á la vez que se alejaba abandonando su presa nuestro perseguidor.

La plaza que habiamos abandonado en union del gobierno provisional y de los pocos empleados federales, que estaban al servicio de la revolucion, fué ocupada por el ejército disciplinado del enemigo á las once de la mañana, recogíendose el poco equipaje que habiamos dejado como botin de guerra.

En cambio fuimos cordialmente recibidos por las autoridades de San Blas que no tuvieron inconveniente en dejarnos saltar á tierra guardándonos las consideraciones debidas. Tenian ya las órdenes del señor de la tierra, que estaba en esa sazón influenciado por el general Vega, del que se llamó en vida general Manuel Lozada, para recibir bien á los revolucionarios que por cualquier parte llegaran al canton de Tepic. Es decir, Lozada habia mandado ya una circular á los empleados federales segun la costumbre, y á todos los jefes de fuerza, para que no solo guardaran consideraciones á los que pronunciados contra Juarez llegaran bien de elementos, sino para que dieran el auxilio que fuera posible á los que llegaran en mala situacion.

Tepic, como siempre seguia siendo el mejor refugio para los descontentos de todos los partidos y para los perseguidos de todos los gobiernos: Lozada era particularmente enemigo de Juarez por tantas veces como habia querido someterlo, mandando á hacer la cam-

pañía á sus capitanes mas esforzados, y todo cuanto podia hacer en su contra lo veia, como una legitima revancha. Ademas: vivia bajo el mismo techo que el tigre de Alica el general D. Plácido Vega que habia logrado no solo adquirir gran influencia, sino algun dominio sobre la voluntad de aquella naturaleza feroz; estaba consiguiendo domesticarlo, inclinándolo á buscar alianzas fuera de sus propios elementos que apenas bastaban para hacer la defensa de su propio terreno. Ambos personajes habian hablado y se habian entendido respecto de proyectos ulteriores de mucha amplitud y de mucho atrevimiento. Con el tiempo pensaban hacerse de un ejército bastante poderoso para sostener una República de Occidente dividida de los Estados del centro y tal vez hasta se figuraban poder derribar por si mismos al gobierno y someter las cosas á un nuevo sistema. Nunca fueron conocidos los proyectos de esos dos hombres en toda su estension, acaso ellos mismos no sabian de cierto á donde se proponian ir con ellos, pero la verdad es, que trataban de ponerse bien con todos los revolucionarios tratándolos como aliados y amigos.

Así fué que en esta vez no fuimos ni siquiera desarmados como la primera, sino que antes bien habiendo sabido el jefe del destacamento lozadeño, que allí entre la gente que llegaba huyendo de Mazatlan habia un jefe de categoria, fué á buscarme y me dijo quitándose el sombrero:

—Amo general, si quieres algo, puedes mandar tus órdenes.

—Gracias, le contesté tendiéndole una mano que el besó respetuosamente.

En seguida tomamos alojamiento en el hotel y allí estuvimos recibiendo visitas y allí recibimos también el obsequio á la hora de la comida, de un buen número de ostiones frescos acabados de recoger en la mar para nosotros: sabido es que los ostiones de S. Blas tienen como los de Altata grandísima reputación.

En el mismo día logramos proveernos de caballos y por la noche al oscurecer nos pusimos en camino para la ciudad de Tepic, habiéndonos proporcionado una escolta de cuatro hombres y un cabo. Nosotros rehusamos esta, puesto que éramos cinco amigos, seis, con mi criado Donaciano que nunca nos abandonaba, y todos estábamos armados, pero el jefe del destacamento se empeñó en darnos esta muestra de cortesía.

—Vas con el general, dijo al indio que fungía de cabo, y haces cuanto te mande. Cuando te diga que te *arriendes*, te vienes acá.

—Si, mi *sefe*, contestó el indio y picó su caballo con muy poca gracia.

Bien sabido es que los indios no pueden nunca ser buenos ginetes, y sí las gentes que andando á pié menos se cansan en el mundo.

Nuestro tránsito hasta Tepic fué verdaderamente agradable. Iluminaba las arboledas una luz clarísima lanzada á raudales por el astro de la noche, hacia un viento suave que nos llevaba emanaciones de las plantas aromáticas y nosotros al paso lento de unas ca-

balgaduras que no eran de primera clase, caminábamos los unos al lado de los otros entretenidos en amigable conversacion.

Referia yo mis aventuras y mis fracasos políticos, y Michel, Peimbert y Betancourt, iban á mi lado escuchando mi relacion sin interrumpirme mas que para lanzar algunas exclamaciones de sorpresa. La mayor parte del camino fué así amenizado, pareciéndonos menos duro por el mayor entretenimiento. Además, la noche llena de luz era también fresca, y presentaban hermoso espectáculo los bosques de palmeras y las cerranías yendo á confundir sus cimas con los cielos, contribuyendo todo esto á que la noche se pasara prontamente.

Llegamos á Tepic y nos alojamos en el gran hotel de Alejandro Santamaria. Los otros fugitivos habian tomado alojamientos particulares ó se disponian á regresar por tierra á Sinaloa.

Estaba en mi cuarto en esa misma noche pensando en mi nueva y complicada situacion, cuando se me presentó un hombre de larga y espesa barba, de ojos muy grandes y expresivos, que me habló por mi nombre con voz suave y cariñosa. . . . Era el general D. Plácido Vega.